

## APUNTES DE UN VIAJE A ESPAÑA<sup>1</sup>

M. de Ribeyre de Villemont\*

Hace diez años el viajero más intrépido, en el momento de emprender un viaje a España, solía vacilar ante la perspectiva de caer en manos de los ladrones de camino real o de tener que sufrir los horrores de una cena de una noche en una posada de una aldea. En el día, gracias a la Guardia Civil, perfectamente organizada y escalonada en todos los caminos que recorre continuamente en patrullas, se puede atravesar la península con el bolsillo en la mano sin temer que el trabucazo de rigor le arranque a uno de sus meditaciones. [...]

Las divisiones y los odios de los partidos políticos que durante tanto tiempo han prolongado la anarquía y el desorden en España comienzan a calmarse. [...] Las partes más ricas de España están surcadas ya por los ferrocarriles, muchos servicios de sillas de posta y de diligencias muy bien dirigidos completan los vacíos que dejan aún los caminos de hierro. [...] En todo se conoce que renace una gran nación que pronto volverá a tomar en Europa el puesto que le corresponde. En cuanto a nosotros, que hemos recibido por todas partes en nuestro viaje la hospitalidad más franca y cordial, que hemos podido apreciar las eminentes cualidades de este gran pueblo, su patriotismo, su lealtad, su independencia, su adhesión a los recuerdos del pasado y su amor a las libertades constitucionales, no podemos menos de consignar aquí nuestro deseo de que no se detenga en su movimiento hacia los beneficios de la civilización y nos atrevemos a esperar que no se lanzará de nuevo sobre el océano de las revoluciones. [...] La España se encuentra pues en un estado de transformación, momento favorable que debe elegir el viajero para visitar un país, pues, al lado del bienestar que introduce la civilización, encuentra todavía la originalidad y el carácter pintoresco de los usos, costumbres y trajes de otra época. Bajo este concepto España no dejará de ser aún una mina inagotable para el lápiz del artista y para la pluma del escritor. [...]

Hace un día hermosísimo, el país muy accidentado está cubierto de olivares y de viñas. Se le ocurre a uno preguntarse: ¿por qué prefiere ese extraordinario vehículo,

1. Con gusto traducimos para nuestro periódico los apuntes del viaje por España que acaba de hacer M. de Ribeyre de Villemont, pues si bien como extranjero encuentra chocantes algunos de nuestros usos y costumbres que regularmente él mismo concluye por explicarse de un modo natural y por lo tanto favorable para nosotros, en el fondo su escrito está redactado con sano juicio, y contiene exactas y verídicas apreciaciones sobre los hombres y las cosas de nuestro país en la época presente, al paso que consigna los progresos materiales que se han realizado en España en los últimos diez años. (N. de la R.)

\* Ribeyre de Villemont, M. de, «Apuntes de un viaje a España», *El Correo de Ultramar*, XIX, núm. 473 (1862), pp. 75-78. Ils.

[https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo\\_imagenes/grupo.do?path=2000709698](https://prensahistorica.mcu.es/es/catalogo_imagenes/grupo.do?path=2000709698)

Primera entrega.

esas diez mulas héticas y tres mozos que no cesan de pegarlas a dos buenos caballos con un buen conductor? Hasta por la tarde no pude responderme a esta pregunta, y entonces me convencí de que los conductores eran muy propios de las mulas, las mulas y el coche del camino y el camino del país que lo atraviesa. Figúrese el lector el cauce de un torrente seco, barrancos, agujeros, peñascos, arena hasta los ojos, ríos que se atraviesan a nado, un camino increíble, imposible y con todo esto un carruaje a escape siempre y que llega a su destino con la puntualidad de un tren exprés.

Cuanto peor es el camino más se corre, pues entonces el zagal se apea y sacude de tal modo a las mulas que estas se vuelven locas. Es evidente que únicamente las mulas pueden servir en semejante camino y que deben ser tratadas como las tratan. El postillón a la cabeza elige los sitios por donde puede pasar la diligencia, el zagal estimula a los animales pegando y gritando, y el mayoral mantiene firme el tiro. Los viajeros en el interior del carruaje, que resiste bastante bien a ese increíble movimiento, ruedan, saltan, se dan coscorriones, nadie se ocupa de ellos. Pero ¿por qué no se gobierna el camino?, se preguntará. No hay duda de que a fuerza de dinero se podría poner en buen estado, pero es de advertir que durante nueve meses al año ese camino está abrasado, reducido a polvo por el sol, las piedras se desprenden y queda un barranco. Llega la lluvia que viene siempre a torrentes, arrastra todo eso y entonces ya no hay más agujeros y piedras. La Cataluña carece de grandes valles por donde pueden correr sus aguas, no tiene más que cerros desgarrados por los torrentes y pelados en parte. Los ferrocarriles serán allí una verdadera providencia.

Nos detenemos una hora en Gerona para que refresquen nuestros conductores y se cambien las mulas. Yo aprovecho el tiempo visitando la catedral, uno de los más vastos y ricos edificios de Cataluña. El exterior no presenta nada que pueda llamar la atención del inteligente, pero el interior, formado de una vasta y única nave, cuya perspectiva está echada a perder por el coro colocado en medio, encierra un altar mayor que es una obra maestra de platería y de incrustaciones de piedras preciosas, así como varios sepulcros sumamente interesantes, entre otros el de Ramón Berenguer, conde de Barcelona. [...]

Los catalanes están muy orgullosos con su Barcelona y la proclaman la más hermosa y la primera ciudad de España por su comercio y su industria. No se equivocan. Barcelona es digna de figurar al lado de sus hermanas de las costas de Francia y de Italia, digna por su admirable situación, su hermoso clima, sus magníficos paseos y la actividad de sus habitantes. El extranjero que tanto ha oído hablar de la incuria, la suciedad y el descuido de las poblaciones en España se encuentra agradablemente sorprendido al apearse en la fonda de Cuatro Naciones o en el Oriente de La Rambla.

Para dar una vuelta por Barcelona se debe salir de ese punto céntrico, La Rambla, vasto bulevar interior plantado de árboles que desemboca por un lado en el paseo a la moda, el Paseo de Gracia, y por el otro al mar. Nada más animado y más variado que el aspecto de la población reunida en ese sitio. En La Rambla están las principales fondas, los cafés, los dos grandes teatros, de los cuales uno, el Liceo, fue incendiado dos meses después de haber estado yo en Barcelona.

Detengámonos al paso delante de esos grupos de mozos de cordel catalanes, fornidos y robustos, a fe mía, con el gorro frigio bien puesto de lado y envueltos en su tar-



Fig. 1. *Vista general de Barcelona*, p. 77.

tán. Ya la mantilla y el velo que tanto adornan el cuello y la garganta se cruzan con los sombreros a la última moda de París, haciendo parecer a estos últimos lo más ridículo que ha podido inventarse. ¡Ah! Si las señoras españolas supieran lo bien que les está la mantilla sobre la magnífica cabellera que poseen, no permitirían que la reemplazara el sombrero.

Llegados al mar, bajando La Rambla, continuaremos nuestro paseo por un vasto terrado que se llama la Muralla del Mar, donde se reúnen de doce a dos, sobre todo en invierno, las personas más elegantes de Barcelona. Varias veces por día iba yo a este sitio a respirar y a disfrutar de la hermosa vista que desde allí se descubre. Las olas lamen el pie de la muralla, enfrente se extiende la rada del Mediterráneo. [...]

La catedral, bajo la advocación de Santa Eulalia, es del siglo XIII con partes del XIV y del XV. El exterior está por concluir y las casas que la rodean impiden que se vea completamente. El interior está dividido en tres grandes naves, por desgracia tan mal alumbradas que es imposible descubrir los pormenores de su arquitectura. El altar mayor es de un templete gótico, recortado, cincelado, dorado, es una joya. El santuario está elevado sobre la capilla subterránea de Santa Eulalia. A esta se baja por una escalera de veinte escalones; la urna que encierra los restos de la santa está sostenida por ocho columnas de jaspe.

Me he entretenido mucho en examinar las esculturas de los artesanos y de las sillas del coro, y puedo decir que acusan un trabajo de una paciencia y de un acabado increíbles. Antes de haber estudiado con detenimiento la escultura en madera de los retablos y de los coros de las iglesias, nadie podría formarse una idea del grado de perfección a que llegó este arte en España.

Había pasado una semana en Barcelona examinándolo todo, las iglesias, los museos, los hospitales admirablemente administrados y hasta la amenazadora fortaleza de Montjuic, que parece puesta allí de intento para contener a la población catalana un tanto turbulenta; pero me quedaban por hacer dos excursiones a las islas Baleares, tan notables por sus sitios pintorescos, su vegetación y sus poblaciones tan llenas de originalidad. Me falta espacio para contar los incidentes y las impresiones de estos dos paseos. [...]